

EL PANORAMA ESTRATÉGICO EUROPEO Y LOS RIESGOS PARA LA SEGURIDAD DE EUROPA

Javier Pardo de Santayana y Coloma
Teniente general del Ejército de Tierra.

*Conferencia pronunciada en este Centro, el día 20 de octubre de 1999,
dentro del ciclo general de conferencias.*

Introducción

No osaría yo hablar hoy aquí si no fuese porque el vicealmirante director del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), al solicitarme esta charla, me aseguró que su invitación se debía al interés que en él mismo había suscitado mi intervención en la jornada inaugural del curso monográfico de la Escuela de Altos Estudios de la Defensa (ALEDE), en la que hice una presentación muy parecida a ésta con la finalidad de proporcionar a los concurrentes un escenario general de ambientación inicial.

Sé que ustedes están, no sólo interesados, sino también bien informados sobre la situación de Europa. Mi pequeña aportación es una sencilla reflexión global sobre ella, intentando poner en perspectiva algunas cosas que a mí me parece importante ponderar, ya que hay mucha información pero muy poco tiempo para reflexionar.

Para ser fiel al enunciado de mi charla, dividiré ésta en dos partes: en la primera intentaré presentar un plano general de Europa; en la segunda procuraré describir algunos de los riesgos que comprometen su seguridad.

El panorama estratégico

Lo primero que advertimos cuando intentamos enmarcar a Europa en un plano general que nos sitúe en un contexto estratégico es que Europa es, al mismo tiempo, una realidad histórica, como siempre ha sido, y, además, un proyecto. Esta constatación nos revela una situación muy peculiar y muy dinámica. La primera consecuencia es de carácter personal y nos atañe a todos: todos los europeos estamos implicados en una tarea.

Europa parece avanzar impulsada, no sólo por los avatares que se inscriben en las historias particulares de los países que la componen, sino también por una especie de voluntad común. Es ésta una voluntad difusa. Con frecuencia observamos discrepancias sobre el sentido mismo del proyecto europeo e incluso actitudes recelosas hacia él, y sin

embargo, constatamos que el proceso europeo sigue progresando como impulsado por una inspiración superior.

El primer rasgo significativo que observamos en el proyecto es que éste es original: no existe un modelo previo hacia el cual encaminar los esfuerzos colectivos. Un enfoque cartesiano, como sería de esperar de los europeos, requeriría no pasar a la acción en tanto no estuviese perfectamente definido el objetivo. Por eso el proyecto europeo revela no sólo la existencia de una especie de voluntad común, sino también una dosis considerable de coraje político.

El segundo rasgo significativo es que se trata de un proyecto abierto. Europa se va construyendo a su propia medida y conforme a su propia evolución en el tiempo. Esto es coherente con la modernidad, donde el futuro no se ve solamente como fruto del pasado, sino que se construye a sí mismo. No podemos negar que el doble hecho de que el proyecto sea original y abierto constituye un enorme reto y una considerable dificultad: no existen antecedentes en los cuales inspirarse ni un rumbo exacto para orientarse.

Es bien sabido que el impulso europeo tuvo su origen en la necesidad de romper con una contumaz tradición de enfrentamientos que han ensangrentado a nuestro continente a lo largo de los siglos. Las dos guerras mundiales surgidas en Europa durante el siglo que ahora termina provocaron una reacción radical. Pero desde el primer momento la idea de Europa se ha basado en el reconocimiento de ésta como una unidad estratégica fundamentada en una cierta conciencia de su propia personalidad.

Uno se pregunta cómo es posible que Europa pueda sentirse ella misma, siendo así que parece haber tantas europas como países. Pero el hecho es que existe una conciencia de ser europeo, y que ésta procede de la aventura común. Empapa a Europa una especie de caldo cuyos ingredientes más sabrosos son el pensamiento griego, la organización romana y el espíritu cristiano, por cierto, todos ellos procedentes del sur, y templados luego en las aguas más frías del norte y del centro del continente donde ganarían algunas cualidades, sobre todo prácticas. A lo largo de la Historia esta cierta conciencia del ser europeo estimuló algunos intentos de dar forma al concepto de Europa que contribuyeron a reforzar una aspiración latente. Pero lo que ha dado a Europa una mayor conciencia de su propia identidad ha sido su irradiación sobre otras zonas del mundo. En este sentido no puede negarse a España un excelente currículo, por su papel protagonista en la proyección exterior europea y por haber reestablecido en la Reconquista los límites de la Europa de tradición grecorromana y cristiana.

Si sobre la indudable diversidad de Europa se percibe un espíritu propio, la definición de este espíritu resulta ciertamente difícil y probablemente innecesario. En términos pragmáticos se traduce en la percepción de intereses comunes. Pero no se ha perdido excesivo tiempo filosofando, y se ha pasado pronto a la acción, utilizando un instrumento impreciso pero útil para compaginar lo particular y lo colectivo: el ambiguo principio de la subsidiariedad.

El método aplicado combina sabiamente utopía y pragmatismo. Efectivamente, la utopía de una Europa completa y libre (*whole and free*) se combinó con una acción mucho más a ras de tierra, y se dio preferencia a las bases económicas. Un acierto, pues curiosamente parece ser más fácil establecer un mercado común entre países de recursos y capacida-

des muy dispares que una política exterior común entre naciones homogéneas en cuanto a los valores democráticos compartidos. Aplicando una frase tópica y bien conocida, Europa se fue transformando en un gigante económico, aunque ha seguido siendo un enano político. Al menos hasta ahora, cuando, culminada la fase de prioridad económica con la adopción de la moneda única, se percibe un nuevo y decidido impulso para la construcción política.

Pero no podemos dejar de valorar las enormes dificultades que se han acumulado sobre esta tarea de forma casi simultánea. Estaba Europa bastante satisfecha de sí misma, allá por los años ochenta, como una doncella consciente de su belleza, y ciertamente podía estarlo, porque había conseguido en su interior un ambiente de paz prácticamente irreversible donde en otros tiempos no reinó sino la confrontación. El progreso económico era evidente, y la sensación de libertad también. Pero cayó el muro de Berlín, y Europa se sintió como desnuda y también muy confusa. Para empezar, tenía dudas sobre su propia identidad. ¿Quién soy yo? se preguntaba. Y hubo que definir los límites geográficos de Europa como institución. Además vio como su físico iba a cambiar radicalmente; iba a hacerse mucho más corpulenta. Este cambio somático, ya de por sí difícil de asimilar, iba acompañado de algunas complicaciones psicológicas: entrarían en ella mentalidades formadas en el pensamiento soviético con una visión de las cosas muy distinta de la habitual en el mundo democrático. Por si esto fuera poco, empezaron a surgir algunos problemas de insuficiencia cardíaca. El músculo que debía impulsarla era ahora más grande y había sufrido un trasplante que provocaba cierto rechazo. En efecto, Alemania, llamada a ejercer el liderazgo europeo, tenía que asimilar a la antigua República Democrática Alemana, y esta operación se mostraba mucho más difícil de lo esperado. Pero aún queda por reseñar lo más grave, y esto es que Europa incorporó a su ser una gravísima enfermedad: el cáncer balcánico.

Estas realidades no pueden olvidarse cuando intentamos valorar el desarrollo del proyecto europeo. Como tampoco podemos cerrar los ojos hacia el conflicto que se produce entre el ritmo de avance recomendado, de por sí prudentemente lento para asegurar una buena asimilación de los cambios y un proceso lo más «natural» posible, y la urgencia demandada por el cáncer balcánico, que está exigiendo decisiones que afectan a aspectos muy importantes del proyecto. Esto no excluye la pertinencia de muchas críticas que se refieren en ocasiones a una falta de voluntad o de impulso político por falta de liderazgo o a la preeminencia de criterios excesivamente mercantilistas que traicionan los fundamentos más auténticos y profundos del ser europeo.

Desde el punto de vista estratégico Europa gana en masa y en equilibrio con su ampliación. Sus límites responden a una concepción geográfica clásica, con la excepción de Rusia, cuya incorporación arrastraría la integración de una buena parte de Asia, lo que desequilibraría y rompería aparatosamente su armonía. La proximidad étnica y cultural de Bielorrusia y de Ucrania respecto a Rusia sitúa también fuera a estos dos países. Pierde la Europa institucional su carácter predominantemente marítimo y gana en rasgos continentales. Aumenta su profundidad y gana en líneas interiores. También gana peso específico en razón del aumento de territorio y población y del incremento en variedad y en capacidades.

La desaparición de la amenaza rompe el ya antiguo esquema de un frente, unos flancos y una retaguardia que se superponía al esquema geográfico. El océano, que durante la gue-

rra fría era visto como un posible campo de batalla además de como una vía de refuerzo para Europa, se transforma predominantemente en un espacio para la relación euroatlántica. La atención europea se dirige ahora hacia un amplio cinturón de riesgos que se alinean en su entorno, y de los que hablaré en la segunda parte de esta charla.

En cuanto a España, que durante esa guerra fría se veía como retaguardia del dispositivo de defensa, como último reducto, y también como plataforma privilegiada desde el punto de vista logístico, pasa a ocupar una posición de primera línea frente a una de las zonas del cinturón de riesgos con mayor potencial conflictivo, así como para el diálogo mediterráneo, situación también privilegiada ante posibles crisis que puedan surgir, no sólo en este mar, sino también en el Oriente Próximo o Medio. No en vano la península Ibérica se halla a mitad de camino entre esta conflictiva zona y la costa oriental de Norteamérica.

El espacio euroatlántico ha acabado por consolidarse como una institución política irradiadora de estabilidad. Su justificación se apoya en la realidad de una Norteamérica como extensión cultural de Europa, de tal forma que si el proceso hubiese sido el inverso, es decir, si hubiésemos partido de la existencia de una Europa política, habría sido aconsejable establecer algún tipo de asociación parecida a la actual a través del Atlántico. Es más, no resulta descabellado imaginar que en el futuro se amplíe con el mundo iberoamericano, esa otra e importantísima extensión de la cultura europea, para la que España es un puente inevitable.

Dentro del espacio euroatlántico Europa aparece como un subconjunto institucionalizado. Aquí observamos una situación curiosa. Mientras para la seguridad y la defensa el espacio euroatlántico constituye una unidad, desde el punto de vista económico es un terreno para la competición. A esta diferencia corresponde otra en cuanto a las capacidades. En capacidades de defensa la diferencia entre Norteamérica y Europa es casi abismal; sin embargo, los datos económicos son mucho más equilibrados, aunque la realidad refleje el mayor grado de integración y de vigor de la otra orilla del Atlántico.

Las carencias europeas en seguridad y defensa constituyen un indicador muy significativo *de la necesidad de desarrollar la dimensión política del proyecto europeo, pues como bien señalan los Tratados de Maastricht y de Amsterdam, una política de defensa común debe sustentarse en una Política Exterior y de Seguridad Común (PESC)*. Sin embargo, el efecto del conflicto de Kosovo se ha hecho evidente. Sólo hace unos meses se subrayaba el hecho de que para llegar a una defensa común es preciso establecer antes una PESC; ahora, tras el conflicto de Kosovo, lo que se subraya es el hecho de que no puede establecerse una PESC sin que ésta esté respaldada por una adecuada capacidad de defensa. El reciente nombramiento del señor Solana como «Mr. PESC» es un hito bien significativo, tanto en el aspecto del desarrollo institucional como por las características de la persona elegida.

Peró para que Europa disponga de una adecuada capacidad de defensa las naciones deben estar dispuestas a realizar el esfuerzo humano y económico necesario, y detrás de este esfuerzo tiene que haber una toma de conciencia que estimule su voluntad. No se puede querer y no querer. No se puede culpar de prepotencia a Estados Unidos mientras se abdica de las propias responsabilidades. Cierto es que la diferencia de gastos de defensa entre Norteamérica y Europa no es tan grande como la diferencia entre sus capa-

ciudades, y que ello exige un mayor esfuerzo de coordinación entre los países europeos y una mejor distribución de los medios, pero no olvidemos que el proyecto europeo, que mantiene la soberanía nacional de sus componentes, no puede ni pretende aspirar al grado de integración que tiene Estados Unidos. Es cierto que no todo el problema es de dinero, pero esta afirmación no debe servir de pretexto para escamotear el necesario esfuerzo económico.

El ambiente en el que se enmarca esta visión estratégica de Europa es muy interesante desde el punto de vista de la orientación actual del pensamiento. El pensamiento actual, propiciado fundamentalmente por los avances tecnológicos, reconoce la complejidad de los fenómenos y renuncia a la clásica visión lineal. Los científicos reconocen que la aplicación de las fórmulas al uso en las que creían poder encerrar toda la realidad no conduce necesariamente a los resultados que en ésta se observan, y señalan que acontecimientos aparentemente irrelevantes pueden desviar considerablemente la orientación de los procesos. De ahí se deriva un escenario de complejidad que podemos reconocer en todos los aspectos de nuestra realidad actual y de la sociedad moderna. El ordenador es uno de los instrumentos que nos permite manejar esa complejidad; como es lógico, a los problemas que ésta origina no se les aplican soluciones reduccionistas. Como resumen podemos decir que modernidad es equivalente a complejidad, y que la complejidad se resuelve mediante la compatibilidad. Frutos de ésta son el diálogo como elemento normal de relación y cauce para la resolución de los conflictos, el consenso como lugar de encuentro de los intereses contrapuestos, una actitud menos prepotente de la ciencia y un avance en la calidad humana de los comportamientos en general.

En el terreno de las relaciones internacionales, la compatibilidad se traduce en una sustitución de la confrontación por la cooperación. La estabilidad y la paz se basarán ahora no en la ruina del vecino, sino en su propio bienestar y progreso.

Este pensamiento desacredita a quienes basan la afirmación de su personalidad en la negación del otro y buscan una estrategia de confrontación. La compatibilidad sitúa las lealtades en un esquema de círculos concéntricos. Buena prueba de ello es la naturalidad con que aceptamos la coexistencia de nuestra condición de españoles y europeos, e incluso de nuestra condición de ciudadanos del mundo, como se hace patente, por ejemplo, en los aspectos ecológicos. No se ve por qué esta compatibilidad no haya de ser aplicable a círculos de menor radio.

La construcción de Europa como un espacio de paz exige algunas renunciadas. Nuestro continente está cargado de historia y ha acumulado muchas cicatrices, algunas de ellas todavía sangrantes. Pero la unidad europea exige no hurgar más en ellas; aceptar las fronteras actuales; impulsar políticas de relación razonable y fructífera; romper con los vicios adquiridos. No sé si nos damos verdadera cuenta de la radicalidad de este cambio, que corta casi de golpe toda una trayectoria histórica y que, al cortar también una de las fuentes de conflicto más permanentes, sienta las bases de un futuro de estabilidad y progreso.

Una de las claves para la buena marcha del proyecto europeo, y pieza importante del esquema estratégico que estoy esbozando, es la relación con Rusia. No estando incluido este país dentro de los límites de la Europa institucionalizada, se hace imprescindible establecer con ella una relación constructiva que lime aristas y asegure la estabilidad. Aunque

aquí entra en juego el pensamiento nuevo, éste choca con los poderosos vestigios del propio de la guerra fría, aún muy vigentes en el gran país eslavo, aunque atemperados por la dependencia económica que tiene Moscú respecto de las potencias occidentales. Como consecuencia de ello, la oposición que ofrecen los rusos, y que suele producirse como reacción de un orgullo herido y tiende a manifestarse por medio bandazos de apariencia caótica, se autolimita y a veces se reduce a algunos gestos para el consumo interno.

Desde el punto de vista de la organización de la seguridad, el entramado de organizaciones está creando una red muy densa y muy compleja que proporciona numerosas válvulas para que la presión escape y no reviente la caldera. También ofrece muchos caminos y por consiguiente muchas alternativas para el tratamiento de los conflictos. Pero aún reconociendo que la complejidad es un eficaz factor de la estabilidad, tampoco conviene ser en esto excesivos, y sería recomendable una cierta contención ante la tendencia a la proliferación de organismos, sobre todo con vistas a la futura ampliación.

Los riesgos

No deja de ser asombrosa la fe con la que Europa aborda los riesgos a los que le somete su aventura. Por ejemplo, acaba de decidir nada menos que unificar su moneda, y es raro observar en algún sector de su población el temor a que este paso tan trascendental acabe en un fracaso. Ni siquiera se advierte este temor entre los expertos, generalmente propicios a mostrar la profundidad de sus conocimientos señalando el cúmulo de desastres que pueden sobrevenir. Un poco más de preocupación parece observarse en lo que se refiere a la ampliación. Pero en términos generales predominan las actitudes optimistas.

Esta actitud denota una gran confianza en las propias posibilidades y una gran fe en los procedimientos. Ahora ya nos parece natural algo que no siempre lo ha sido, y que está siendo clave para el progreso: reconocer que todo problema tiene, por esencia, solución, y que ésta puede no ser la que uno mismo propugna.

Recordando la catarata de dificultades acumuladas sobre Europa en breve tiempo, podríamos decir que el proyecto europeo es ya de por sí un riesgo. Un riesgo permanente que Europa ha asumido con bastante coraje. Y cualquier riesgo para el proceso de construcción europeo es un riesgo para la seguridad de nuestro continente.

De entre estos riesgos destacaré el que traerá consigo la ampliación. Se corre el riesgo de la paralización y, consiguientemente, de la ineficacia, que como sabemos, conduce a la desaparición. Será preciso encontrar nuevos mecanismos que, al tiempo que aseguren la permanencia de la cohesión y de la solidaridad, permitan la toma de decisiones superando las nuevas dificultades.

Otro riesgo muy importante, especialmente en el terreno de la seguridad y la defensa, es el de la renacionalización de aspectos que ya fueron asumidos colectivamente. Esto podría ocurrir como consecuencia del desgaste de las instituciones y del debilitamiento del sentimiento de solidaridad.

Por otra parte, una construcción que, como la europea, va avanzando por pequeños pasos y a lo largo de un periodo de tiempo considerable, corre también el riesgo de una pérdida de orientación, más probable cuando, como en este caso, no existen unos objetivos concretos identificados de antemano. Una interpretación desafortunada de los fundamentos de Europa o un mal tratamiento del conjunto de fuerzas y tendencias en un momento determinado pueden desembocar en una desviación del buen camino.

De entre los riesgos internos, el más grave es, sin duda, el cáncer de los Balcanes. En realidad, el problema balcánico, por muy enrevesado que sea, y realmente lo es, se me antoja un producto típicamente europeo. Procede de un conjunto de avatares históricos bien conocido: diversidad cultural y étnica producida por invasiones, hacer y deshacer de fronteras, cicatrices producidas por las guerras... Pero también vemos un hacer y deshacer de fronteras en Polonia, y un mapa de minorías húngaras repartidas por los países aledaños, enfrentamientos exacerbados como el que hubo entre Francia y Alemania, y reivindicaciones como la de Gibraltar, ese hiriente anacronismo. La diferencia en los Balcanes, salvando las comparaciones, siempre injustas, y comprendiendo las particularidades históricas, ha sido el deficiente tratamiento internacional de este asunto, hecho con criterios alejados del espíritu que anima a la construcción europea, y también la siembra del odio. Éste es substancia cancerígena de inoculación y extensión muy rápida, que provoca una reacción igualmente rápida y enconada en aquéllos hacia quienes se proyecta.

Ante el peligro del cáncer balcánico, precipitadamente agravado, lo más urgente ha sido siempre su aislamiento, para que no se extienda y no se produzcan metástasis. Luego hay que meter el bisturí, como se metió primero en Bosnia y luego en Kosovo. El periodo posoperatorio será muy largo y la cicatriz muy profunda. El pensamiento más reconfortante es que un fracaso en aquella región sería tan grave que no es concebible que Europa lo permita. Por de pronto va a fijar una buena parte de nuestros recursos y limitará nuestra capacidad de proyección de seguridad a otras áreas.

Los demás riesgos internos se derivarían del retorno del pensamiento antiguo: de los viejos achaques de las reivindicaciones fronterizas, de los nacionalismos excluyentes, de los viejos vicios de la discriminación étnica, cultural o religiosa. De todo esto está ya Europa bien vacunada, como acaba de comprobarse en Kosovo, pero ya se sabe que hay epidemias que vuelven cuando se creían ya erradicadas.

No quisiera dejar de señalar el riesgo que en materia de seguridad representa lo que podríamos definir como «el pensamiento débil». La dependencia que tienen los políticos de la opinión pública les mueve con excesiva frecuencia a eludir las actitudes firmes ante los conflictos: muchas veces, en vez de ejercer resueltamente el liderazgo impulsando con coraje la acción en el sentido que reclaman los principios y la eficacia, se desenvuelven temerosamente. El costo es luego considerable, cuando parece estar demostrado que el arrastre de un liderazgo firme allana muchas de las dificultades. El empleo de la fuerza desde esas actitudes de debilidad se hace particularmente difícil y suele crear perplejidad y confusión entre los ciudadanos.

Acontecimientos recientes aconsejan realizar un esfuerzo específico encaminado a ilustrar mejor a la opinión pública sobre importantes aspectos que se refieren a los principios, a los procedimientos y a los medios. Así por ejemplo, las limitaciones que se ha autoim-

puesto la Alianza Atlántica a la hora de intervenir fuera de área, incluso en conflictos que apelen moralmente a una reacción, como también la forma en que se desarrolla el juego político-militar en un contexto democrático, de forma que se puedan distinguir las iniciativas de una y otra parte y, desde luego, hay que explicar las limitaciones que tiene la alta tecnología aplicada al armamento y utilizada en un contexto afectado por las «fricciones» propias del combate.

Observemos ahora los riesgos que se sitúan en el entorno geográfico de Europa. Un buen semillero de riesgos es el Mediterráneo. La tensión entre sus dos orillas tiende a desestabilizar este espacio, al que los países del norte de África, aislados de su propio continente por el corredor del Sáhara, se asoman como desde un balcón. A la tensión social entre el «norte» y el «sur», términos que aquí corresponden también a su situación geográfica, se añade la tensión originada por una cierta fractura cultural. De esta forma, el Mediterráneo se convierte en piedra de toque para las teorías de Huntington. El apoyo de la Unión Europea y la Alianza Atlántica a las comunidades musulmanas de Bosnia y de Kosovo tiene una derivada muy positiva: la de desmentir una hipotética discriminación de los países cristianos hacia los musulmanes a la hora de reaccionar contra la violación de los derechos humanos.

El diferencial social y económico entre las dos orillas da lugar a un flujo de emigración que tiende a producir perturbaciones en Europa. Ésta es la mejor prueba de que la orilla sur desearía acercarse al bienestar que desde el norte se le ofrece; sin embargo, se muestra incapaz de organizarse, y sólo a regañadientes acepta las fórmulas occidentales. Y es que en la orilla sur aparece la esquizofrenia característica de los países musulmanes, generalmente incapaces de compaginar modernidad y cultura. A veces, esta esquizofrenia les lleva a fingir entre ellos una compenetración que sólo se produce ante algunas llamadas demagógicas. Precisamente uno de los problemas para su progreso es la escasez de relaciones económicas «horizontales» en su orilla. En cuanto a la orilla norte, sus recetas suelen llegar envueltas en paternalismo y superioridad; en cualquier caso así lo tienden a percibir desde el sur, quizá porque el mensaje se recibe desde un cierto sentimiento de inferioridad e impotencia. De aquí que en su diálogo con la orilla sur del Mediterráneo Europa deba ser muy cuidadosa y sensible si quiere tener algún éxito. La base previa y fundamental son las medidas de confianza, ese hallazgo de Helsinki, y la palabra clave un galicismo: «partenariado».

En el diálogo mediterráneo observamos un ejemplo del pensamiento nuevo. La paz y la estabilidad en este área serán el fruto de la cooperación y no de la confrontación. Según el llamado «espíritu de Barcelona», Europa considera que la paz y la estabilidad del *Mare Nostrum* no dependen del dominio de la orilla norte sobre la sur, sino del progreso económico y social de todos.

Los riesgos en este área son muy diversos: la desestabilización del norte de África por los vientos fundamentalistas, por los problemas sociales y económicos, por la lucha por el poder, o por los tres motivos a la vez; la inducción de problemas internos en Europa por la emigración masiva o clandestina o por el terrorismo entre facciones, y las distintas formas de enfrentamiento entre ambas orillas. El mar en sí puede ser terreno en el que se diriman algunas querellas, incluso importadas de áreas más lejanas, como pudo ocurrir durante la guerra del Golfo, cuando la OTAN hubo de establecer un importante despliegue contra el minado de sus aguas.

En el extremo oriental constatamos la enfermedad crónica del conflicto árabe-israelí y la fiebre permanente que éste produce, con accesos periódicos en los que se registran crisis agudas. El proceso de paz es un remedio que hace concebir algunas esperanzas de curación, pero el caso, además de grave, es extraordinariamente complejo. Es ésta una dolencia que afecta también a la familia e incluso a los vecinos, hasta el punto de frenar e incluso paralizar los grandes proyectos mediterráneos. Cualquier fracaso del proceso de paz hace resurgir la fiebre y constituye un riesgo para la seguridad de Europa, entre otras razones porque tiende a producir reflejos de alineación antioccidental en el norte de África.

En el este de Europa ya no se puede hablar de amenaza, y los riesgos se han reducido considerablemente. No es que haya de descartarse la posibilidad de una involución, pues es patente la permanencia de poderosos residuos del antiguo régimen y el proceso de democratización en un país que nunca ha conocido la democracia ha de ser necesariamente tan largo como para exigir el paso de una o dos generaciones, excesivo tiempo para soportar un cambio traumático. Pero ni las Fuerzas Armadas rusas tienen capacidad para constituir una verdadera amenaza, ni Europa es geográficamente tan vulnerable como antes.

Un momento de riesgo se producirá cuando los países Bálticos estén en condiciones de incorporarse a la Alianza Atlántica. Rusia ha admitido ya muchos cambios traumáticos, sobre todo en la primera estela de la caída del comunismo, pero según parece la incorporación de aquellos países al dispositivo de defensa euroatlántico rebasa toda la capacidad de encaje del gobierno moscovita. Europa y sus socios norteamericanos no pueden hacer exclusiones, y Rusia no puede aceptar este paso.

Raros serán los riesgos de los que podamos asegurar que no afectan más o menos directamente a los europeos. Además la opinión pública se orienta a exigir la intervención allí donde los medios de comunicación revelan una situación de injusticia patente y de violación de los derechos humanos más fundamentales. Pero en este momento, y para el tiempo que permanezca vigente el concepto estratégico que la Alianza acaba de adoptar en Washington, los riesgos ante cuya concreción nos disponemos a reaccionar activamente con nuestro dispositivo militar son exclusivamente aquellos que generen conflictos en el área euroatlántica, expresión limitativa desde luego, pero conscientemente imprecisa, por lo que permite una cierta flexibilidad de interpretación según que el conflicto en cuestión afecte o no a lo que en cada caso se considere como «intereses vitales».

Si abordamos el tema de los riesgos desde otro ángulo más amplio, y por ello más generalizador, preocupan especialmente aquéllos que tienen un carácter más o menos «emergente», ya que no existe aún una doctrina consolidada que oriente adecuadamente sobre las líneas de acción y los medios para hacerlos frente. Estos riesgos son el terrorismo, el crimen organizado, el narcotráfico y la proliferación de las armas de destrucción masiva, en general muy aptos para la «estrategia del débil» por su escaso coste y su gran eficacia para desestabilizar al Estado y poner en jaque a los países poderosos.

Para no extenderme no entraré en la consideración detallada de otros riesgos más lejanos para nosotros en el espacio o en el tiempo, y que se derivan de múltiples circunstancias. Basta echar una ojeada a los atlas para observar zonas en las que coinciden situaciones de inestabilidad con una concentración de recursos interesantes, focos que concitan intereses opuestos, reivindicaciones históricas, heridas mal cerradas y grandes desequili-

brios, como el que representa el creciente desnivel entre los países desarrollados y el llamado Tercer Mundo (no me gusta hablar de países «ricos» y países «pobres», pues muchos de estos últimos poseen unos recursos envidiables); una verdadera bomba de relojería. También observamos la incapacidad de muchas naciones para organizarse razonablemente, es decir, despojándose de la tentación de la corrupción o de la tiranía. Frente a este conjunto, las privilegiadas sociedades europeas, educadas en el disfrute del bienestar y en la exigencia de derechos más que de deberes, tienden a considerar que realmente vivimos «el final de la Historia» y mantienen un espíritu muy reivindicativo, aparentemente convencidas de que todo les debe ser dado, pues sólo es válida la perfección. Quizás sea éste uno de los mayores riesgos para nuestra sociedad, pues la pérdida del sentido histórico es la pérdida del sentido de la realidad.

Conclusiones

Dentro de esta Europa que he intentado describir, España se encuentra en un momento histórico muy importante. Después de un largo periodo de cierto aislamiento durante el cual mantuvo rasgos de «peculiaridad», nuestra nación ha entrado definitivamente en el concierto europeo, es decir, en la normalidad. Esto ha sucedido tarde pero oportunamente: cuando los cambios producidos en nuestro continente ponían en cero muchos relojes, permitiéndonos así asociarnos desde el principio a un buen número de nuevos procesos. La tendencia española a seguir la ley del péndulo se ha visto corregida hacia una mayor estabilidad, propiciada ésta por la exigencia de eficacia que impone el proyecto europeo. Por otra parte, el contacto con el exterior ha ido disipando en buena parte los excesos de nuestra proverbial admiración hacia lo foráneo y nos ha hecho ganar confianza en nuestras propias posibilidades. En cualquier caso, los objetivos europeos han sido un buen motivo para que la sociedad española realizase un meritorio esfuerzo que ha demostrado a los demás, y sobre todo a nosotros mismos, nuestra capacidad para alcanzar los objetivos que nos podamos proponer. Ahora nos encontramos ante la posibilidad de alcanzar en un plazo razonable unos niveles de progreso y de bienestar que no hace mucho tiempo nos parecían ajenos a nuestra realidad. Esta posibilidad va acompañada de un decidido empeño político por situar a España en el lugar que le corresponde en Europa y en el mundo por su historia y por su potencialidad. He aquí un objetivo nacional que debe suscitar una ilusión compartida por todos y que además (y esto es muy importante) responde al interés de todos los españoles y exige de ellos un esfuerzo riguroso y convergente. Si en el mundo del siglo XXI Europa debe buscar más identidad y más poder de negociación, España deberá también reforzar su identidad y su poder de negociación dentro de Europa. Para ello a todos nos conviene unirnos y así potenciar las capacidades individuales de nuestras diferentes regiones. Este interés general debe ser bien percibido por todos los españoles.

Con esto termino. Premeditadamente he huido de los datos y he buscado preferentemente la claridad y la sencillez. Intenté, sobre todo, construirme un esquema general para mí mismo, y de él les he hecho a ustedes partícipes. Sólo el hecho de que esta visión general haya sido refrendada por la apreciación del director de este Centro justifica mi atrevimiento. Si con ello he contribuido a aclarar, ponderar o poner en perspectiva algunas ideas me daré por satisfecho. En todo caso muchas gracias por la atención que han tenido escuchándome.

REFLEXIONES SOBRE LA SEGURIDAD Y LA DEFENSA EN LA PRÓXIMA DÉCADA

José María Aznar López
Presidente del Gobierno de España.

Conferencia pronunciada en este Centro, el día 27 de octubre de 1999, dentro del ciclo de conocimientos generales del I Curso de Estado Mayor de la ESFAS.

Excelentísimos e ilustrísimos señores, señores oficiales:

Encontrarme hoy ante ustedes, en esta renovada Escuela Superior de las Fuerzas Armadas (ESFAS), me produce una gran satisfacción. Y quiero comenzar explicándoles por qué.

En el discurso de investidura que dio paso al trabajo del Gobierno que presido destaqué la necesidad de iniciar una reforma de nuestros Ejércitos que iba mucho más allá del tópico de unas Fuerzas Armadas más reducidas pero más eficaces. Queríamos asegurar nuestra capacidad de cumplir las misiones constitucionalmente encomendadas a las Fuerzas Armadas, reforzar nuestro compromiso con la Alianza Atlántica y contribuir a mejorar los instrumentos europeos de defensa. En esta perspectiva se inició el proceso de profesionalización y modernización que todos ustedes conocen bien.

Pues bien, en la búsqueda de esta nueva operatividad era imprescindible un esfuerzo mayor en la acción conjunta de nuestros Ejércitos. Y este Centro representa un paso más, pero un paso especialmente importante, en el proceso de asunción por nuestras Fuerzas Armadas del espíritu de lo conjunto que se inició, al comienzo de la etapa democrática, con la creación del Ministerio de Defensa.

La modernización de las Fuerzas Armadas no se puede limitar ya al ámbito del equipamiento y de los sistemas de armas, sino que debe también afectar a los conceptos y a la organización. Y, en esa línea, la idea de «lo conjunto» se impone como una exigencia imprescindible a la hora de diseñar los ejércitos del futuro.

Ya no es concebible ninguna operación militar de alguna importancia sin una puesta en común de los recursos aportados por los tres Ejércitos, y sólo desde una visión de conjunto, y superando cualquier tentación a encerrarse en compartimentos estancos, se pueden afrontar las misiones en que nuestras Fuerzas Armadas deberán proyectarse en el futuro. En el mundo globalizado que ya es el nuestro, en el que nos afectan fenómenos que antes podían parecerse remotos, con la rapidez e incluso instantaneidad de las comunicaciones que le caracteriza, las Fuerzas Armadas deben estar dotadas de una

extraordinaria capacidad de proyección y de una no menos amplia interoperabilidad para poder actuar con contingentes aliados. Y todo ello sólo será posible desde la cotidiana aplicación de la filosofía de lo conjunto.

Esta ESFAS será así una pieza básica en el empeño de diseñar ese nuevo modelo de Fuerzas Armadas —más reducidas sí pero, sobre todo, más flexibles y más operativas— que, a partir de su plena profesionalización, estamos poniendo en marcha.

Señores oficiales:

Es un hecho histórico que el Estado moderno que conocemos nace íntimamente ligado a los ejércitos. La soberanía, característica definitoria de las entidades políticas nacionales, reposa en última instancia en la capacidad militar de un gobierno. Es obvio, por tanto, que mientras la unidad política por antonomasia siga siendo el Estado, la defensa de la nación seguirá conservando todo su valor. Pero tampoco cabe duda de que, con la globalización, la defensa del territorio ya no puede ser la única función de las Fuerzas Armadas.

No quiero extenderme ante ustedes para explicar qué es y que implicaciones tiene la globalización del mundo actual. Al fin y al cabo, la globalización a la que tanto hacemos referencia en la actualidad es bien conocida en el mundo de la defensa: las armas nucleares y los misiles intercontinentales hicieron del globo, ya desde finales de los años cincuenta, un único teatro, volviendo igualmente vulnerable cada rincón de la Tierra. Al menos en teoría.

En la década de los noventa el mundo se ha visto libre de la amenaza nuclear general por primera vez desde los años cincuenta, lo que me parece un dato extraordinariamente positivo. Sin embargo, eso no ha significado que comenzáramos a vivir, como algún autor sugirió, en el final de la Historia y en el reino de la paz perpetua. Para nuestra desgracia, el horror de la violencia ha seguido desatado y está bien presente en diversas zonas del globo.

El fenómeno que irrumpe durante los años noventa en la vida internacional y en las relaciones estratégicas entre los países es la globalización de las responsabilidades. Los países más ricos, más estables, que más disfrutamos de la seguridad, no podemos ni debemos quedarnos inertes ante el horror que se desata en los conflictos que se suceden a nuestro alrededor. Nuestra supervivencia ya no está en juego, pero sí nuestra altura moral. En el desarrollo de las misiones de apoyo a la paz, ampliamente entendidas, es el fiel exponente de cuanto digo.

Las Fuerzas Armadas, en menos de 10 años, han pasado de ser el instrumento de la defensa territorial de nuestras naciones, a convertirse en una herramienta eficaz para exportar el orden y la estabilidad necesarios para que los pueblos puedan convivir en paz y tranquilidad.

Se trata, como digo, de una responsabilidad global en el sentido de que los conflictos surgen aquí y allá, de manera no siempre previsible. Los años noventa han dado ejemplos sangrantes en África, en Europa, en el Cáucaso, en el sureste asiático. La guerra no respeta fronteras ni continentes.